Intervención
Revista del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

¿QUÉ ES UNA INTERVENCIÓN SOCIAL?

¿What is a social intervention?

Saül Karsz[1]

https://orcid.org/0009-0005-5900-1504

DOI: https://doi.org/10.53689/int.v13i1.175

Recibido: 1 de junio 2023

Aceptado: 20 julio 2023

Resumen
Importancia estratégica de la intervención social en materia de formación y de práctica. Nutrida bibliografía y múltiples reuniones de trabajo al respecto. Sin embargo, pocas, muy pocas definiciones abordan el tema de frente. Los sobreentendidos, inseparables de su tendencia a crear malentendidos, suelen ser corrientes. El presente articulo aborda, parcialmente sin duda, algunas claves de la intervención social. No se busca inventar lo que ésta debiera ser sino identificar qué es hecho, cómo funciona en el quehacer cotidiano de los trabajadores sociales. Nuestra tesis principal es que este tipo de debate, simultáneamente atento al rigor de los argumentos y a la clínica concreta del terreno, que alterna preocupación epistemología y análisis de prácticas, constituye una cláusula insoslayable a fin de equipar les trabajadores sociales confrontados a desafíos en tiempos críticos.
Palabras clave: Intervención, teoría/práctica, neutralidad imposible, objetividad necesaria.

Abstract

Strategic importance of social intervention in training and practice. Numerous bibliographies and working meetings have been held on the subject. However, few, very few definitions address the subject head-on. Misunderstandings, inseparable from their tendency to create misunderstandings, are commonplace. The present article addresses, in part no doubt, some of the keys to social intervention. It does not seek to invent what it should be, but to identify what it is in fact, how it works in the daily work of social workers. Our main thesis is that this type of debate, simultaneously attentive to the rigor of the arguments and to the concrete clinic of the field, which alternates epistemological concern and analysis of practices, constitutes an unavoidable clause in view of equipping social workers confronted with challenges in critical times.

Key words: Intervention, theory/practice, impossible neutrality, necessary objectivity.

Cómo citar

Karsz, S. (2023). ¿Qué es una intervención social? *Intervención, 13*(1), 142-154.

[1] Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Sociología por la Universidad Paris 5- Sorbonne. Director de la Red Practicas Sociales. http://www.pratiques-sociales.org/. Especialidad: Trabajo Social, Análisis de prácticas. E-mail: saul.karsz@gmail.com.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

Introducción

¿Qué es una intervención social? pregunta aparentemente elemental. En las formaciones de grado, en las diversas especializaciones de posgrado, en múltiples publicaciones y coloquios a escala nacional e internacional, el tema de la intervención social se halla presente, sino omnipresente. Las respuestas - prolíficas, más de una vez interesantes - abundan. Abundan sobre todo las puestas en obra a lo largo del quehacer cotidiano de todo profesional. Situación obvia: la intervención social es la razón de ser de las prácticas del mismo nombre, sino su sinónimo, el objeto de los prácticos, la mira de los aparatos y servicios institucionales, el objetivo de las políticas sociales, la demanda de los usuarios. No obstante, dos escollos significativos suelen atravesar en mayor o menor medida todos y cada uno de sus abordajes y tratamientos. Llamaré moralismo programático al primer escollo, y equívocos de la evidencia al segundo. Corrientes en el vasto dominio del trabajo social, e igualmente en muchos otros ámbitos, dichos escollos suelen desembocar en impases teóricos y prácticos de envergadura. Los consensos profesionales se hallan constantemente atravesados – y obstaculizados – por ellos.

Importante, entonces, identificarlos a fin de esbozar algunas perspectivas – por supuesto, mejorables - a propósito de la intervención social (En tanto sus parámetros, su potencia y en fin sus límites).

Hay moralismo programático en la confusión entre lo que es de hecho la intervención social (naturaleza, potencia, límites) y lo que se espera que sea si ciertas condiciones (poco o nada concretamente detalladas) están presentes. Confusión entre su ser y su deber-ser, entre su definición argumentada, en consecuencia, discutible, y por otra parte su representación más o menos idealizada, en consecuencia, meramente postulada. Se relata la intervención a partir de lo que debiera o pudiera ser. Se pasa continuamente y sin previo aviso de la realidad de la intervención a su representación plena de exaltaciones diversas: la realidad sirve de ilustración, sino de pretexto a su representación. Por eso suele haber poca, muy poca descripción de la intervención efectivamente realizada en beneficio de la intervención imaginariamente proyectada. Las definiciones rigurosas, controvertibles y por ende perfectibles, son poco o nada usuales. Se pregonan las finalidades hipotéticas de la intervención, generalmente grandiosas, y se evita adentrarse en sus actos y actuaciones efectivas, en su funcionamiento doméstico. La lógica de la intervención, lo que ésta produce o falla por razones que cabe analizar al por menor, suele relegarse a la trastienda de las evidencias. Tal es, por lo demás, una apuesta central del análisis de las prácticas: desamarrar, en el relato del profesional, lo que incumbe a sus intenciones y conjeturas en materia de intervención y lo que concierne a la realidad concreta y efectiva de dicha intervención. Al enunciar qué puede llegar a ser, se le dibuja un futuro deseable a partir del cual se alude a su actualidad, que por tanto la intervención no es aún, ni tal vez será algún día. *Moralismo*, porque el ser no es explicable a partir del ideal, sino todo lo contrario. *Programático*, postura propiamente metafísica, porque al invertir el orden de la explicación, el ideal funciona de más en más como un delirio. Confusión de registros, confusión de tiempos, confusión de objetos y de objetivos.

Los equívocos de la evidencia constituyen el segundo escollo. Titulado tautológico, en verdad: es excepcional que una evidencia carezca de equívocos y no induzca toda suerte de malentendidos. Es el caso cuando la definición argumentada y por tanto discutible de la intervención social queda obstinadamente sobreentendida. Se presume entonces que las múltiples elaboraciones, tanto prácticas cuantos doctrinales, tratan del mismo objeto, le adjudican características sino idénticas al menos cercanas, analizan mecanismos semejantes, convergen sobre lo esencial. Ahora bien, esta aparente unanimidad se erige sobre una realidad notablemente diferente. Anima el Trabajo Social, en efecto, más que una acumulación razonada de conocimientos, una neta predominancia de asensos, consensos y convenciones poco o nada demostradas. El debate crítico no suele ser excesivamente habitual. Lo es, en cambio, el sobreentendido en cuanto a la definición argumentada y por tanto discutible [2] de la intervención social, de sus efectos y de sus límites. Preocuparse por el tema representaría una

[2] Argumentada y discutible: dos atributos complementarios que en nuestro lenguaje van necesaria y automáticamente al unísono.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

preocupación filosófica, rótulo peyorativo que imagina la definición tan rigurosa como sea posible de la intervención social despojada de arraigos concretos y afectando apenas las prácticas de terreno. Postura sin duda excesiva, por no decir errónea. A veces interesante, sin embargo, en la medida en que se confronta a las abstracciones especulativas dotadas de un lirismo inversamente proporcional a sus performances explicativas. Es cierto que la definición ausente o implícita permite avanzar rápidamente y sin hesitación a la condición *sine qua non* de evitar interrogar la dirección y la finalidad precisas de semejante avance. Más prosaicamente, esta insuficiencia dispensa de precisar de qué se está hablando, y llama "diálogos" las simples yuxtaposiciones de monólogos simultáneos.

Moralismo programático y equivoco de la evidencia: dos escollos que suelen reforzarse recíprocamente. Para nada anodinos. Ponen en juego nada menos que el indispensable reconocimiento público y político del trabajo social y el afianzamiento igualmente indispensable de sus intervenciones. Es hora de tomarlos seriamente en cuenta.

Por mi parte, espero contribuir a esta temática efectivamente compleja aportando una serie de puntuaciones abiertas a la discusión. Sin pretensión de exhaustividad, por supuesto, pero con la firme intención de definir tan rigorosamente como me sea posible las diferentes proposiciones expuestas a continuación.

Para realizar este análisis dos fuentes principales fueron solicitadas. En primer lugar, una revisión documental de la bibliografía (libros, revistas, artículos) habitualmente disponible en la materia, sobre todo en francés (resido en Francia) y en español. Pero también intercambios regulares sobre el tema con colegas españoles y latinoamericanos. En segundo lugar, una revisión clínica, o sea una puesta a prueba de los argumentos avanzados en el presente artículo en el curso de situaciones de análisis de prácticas en Trabajo Social, que constituye una de mis actividades regulares. Estas dos fuentes enriquecen mis investigaciones teórico-prácticas en la materia.

1. Toda intervención social presenta una consistencia material

Diversos protagonistas son movilizados en una intervención social. Sus mecanismos, su alcance, sus límites, su naturaleza, la lógica que preside la intervención social y que la orienta en tal o cual dirección requieren un tratamiento *ad hoc*. ¿Por qué? Porque ninguno de los elementos citados se reduce a las intenciones del interviniente, ni tampoco, exacta y completamente, a la demanda del usuario, ni en fin a las consignas institucionales. Incluso cuando hay alguna correspondencia significativa entre todos ellos o solo algunos, la intervención pone en marcha elementos, características, parámetros que le son propios. No se trata de una simple cámara de registro más o menos pasiva. El usuario que devela progresivamente qué necesita y el interviniente que esboza una interpretación al respecto inducen una intervención virtual, solo un esbozo, apenas un proyecto de intervención. La realidad de esta última, su consumación, implica una solidez innegable, un vigor propio. Para llevarla a cabo no alcanza con recibir a una persona, preocuparse por escuchar lo que dice por captar algo de lo que calla, recabar algunos recursos paliativos. Por eso una sola intervención es prácticamente siempre insuficiente. De ningún modo espiritual, la intervención social despliega actitudes visibles, discursos pronunciados, silencios reveladores, actos contundentes, satisfacciones y decepciones concretas. Moviliza limitaciones y aperturas objetivas. Una intervención obedece a lógicas peculiares, produce y transmite mensajes, acarrea efectos y afectos más acá y más allá de las intenciones de los protagonistas. Estos son generalmente sinceros cuando afirman no haber deseado tal o cual resultado, cuando reconocen apenas el fruto de su voluntad o celebran, al contrario, una resolución satisfactoria: el hecho es que el resultado, cualquiera sea, no es el suyo, personal, subjetivo, sino el de la intervención de la que dichos elementos constituyen un elemento indispensable, pero de ninguna manera el motor autopropulsado.

Ninguna intervención deja de alcanzar un objetivo y de realizar una performance. Siempre eficiente, siempre eficaz, siempre fructuosa, afortunada o desgraciadamente. Error de óptica a evitar: el objetivo alcanzado puede no coincidir con el objetivo preconizado, el desempeño puede ser negativo desde el punto de vista del usuario (institucionalización de un niño contra el deseo de su familia) y positiva respecto de la decisión judicial. Imaginar la ausencia de objetivos y de performances consiste en inventar una intervención inocua, desprovista de todo efecto. ¡Situación completamente imposible! No

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

hay intervenciones después de las cuales el Estado precedente se repetiría tal cual, pero las hay contra-productivas, eficientes y eficaces para acentuar, disminuir o confirmar el impacto de ciertas características precedentes, capaces de resignificar, completar o rectificar les intervenciones pasadas[3]. Hay siempre un antes y un después de la intervención. Puede inquietar, no la ausencia sino precisamente la presencia de objetivos no identificados pero vigorosos, pujantes, la incidencia de acciones no confesadas y no deseadas, pero sin embargo enérgicas y decisivas. 'Recibí a este joven durante una hora y finalmente no ha pasado nada': declaración perezosa de quien no puede o no quiere identificar los efectos inexorables de lo que aparece como una intervención gratuita, sin trazas positivas y-o negativas.

El análisis, la rectificación y la consolidación de una intervención es posible justamente porque, una vez efectuada, aquella se torna independiente de los intervinientes y de los usuarios. Ya no pertenece a las subjetividades que participan en su producción. Se trata de un objeto singular. O sea que entra perfectamente en lo que Emile Durkheim (2007) considera como la primera regla sociológica: Tratar los hechos sociales como cosas. Y, en efecto, la intervención es un hecho social porque tiene lugar en una sociedad y una época dadas, su realización obedece a determinados criterios, congrega colectivos de trabajo, implica un ramificado sistema institucional, requiere determinadas capacidades profesionales, apunta a ciertos destinatarios, presupone una determinada política social, etc. Este hecho social es una cosa, una cosa real como un planeta o una mesa. Presenta una consistencia material más acá y más allá de las buenas o malas intenciones. Sus resultados pueden ser ponderados, evaluados, y hasta protocolizados según algunos burócratas que a su manera exorbitante corroboran la realidad irrevocable y trans-subjetiva que representa una intervención.

2. Toda intervención supone sujetos humanos que no constituyen sus motores

Se suele decir 'mi intervención', 'nuestra intervención'. Fórmulas pertinentes para designar el o los profesionales implicados en una intervención a la que consagran muchos esfuerzos físicos y mentales, y cuyo suceso o fracaso les conmueve más allá de la sola pericia profesional. Fórmulas curiosas, francamente equivocadas, los posesivos 'mi' - 'nuestras' son desproporcionados porque los profesionales no son en absoluto los únicos protagonistas de la intervención. Muchos otros humanos participan, directa o indirectamente. Lista incompleta: los directivos administrativos, los responsables políticos, los jefes de servicios, la secretaria, los psicólogos, el personal sanitario, los colegas del equipo del que el profesional forma parte y que a lo largo de la intervención constituyen sus interlocutores efectivos y/o virtuales, solicitados o rehuidos, temidos o apreciados. No forman parte de la intervención directa, pero la tornan posible, la soportan, la facilitan, la rectifican, la tergiversan. La intervención es un proceso de trabajo obligatoriamente colectivo asumido a su cuenta y riesgo por un sujeto obligatoriamente singular.

Razón mayor para no subestimar el rol forzosamente activo, sino activista, del usuario. Este es todo salvo un receptáculo pasivo de la intervención. No por razones morales sino eminentemente prácticas: es él quien en buena parte la provoca, la hace posible, la desvía, la justifica. Sus reticencias y sus resistencias, sus incomprensiones y sus estrategias, sus asentimientos y sus rechazos, no necesariamente conscientes por lo demás, orientan la intervención en tal o cual sentido. Su pasividad, su indolencia, su desinterés son siempre relativa o completamente ficticios. Cabe descifrarles en términos de estrategias de vida, o al menos de sobrevivencia. Bastante tiempo y muchas energías resultan imprescindibles para decodificar lo menos parcialmente posible la demanda del usuario y tentar, sino una solución, al menos un atajo. La intervención prevista es y no es la que se lleva a cabo en el curso efectivo de la entrevista o de la visita domiciliaria. La sucesión de encuentros permite al interviniente completar su conocimiento siempre incompleto a propósito del usuario, y a éste detectar

[3] Un usuario relata un problema de empleo que diversas intervenciones sociales no logran resolver: decepción, rencor, desconfianza del usuario hacia el servicio social se agregan a la desocupación, la colorean, la refuerzan. Tener en cuenta estos efectos al analizar dichas intervenciones y las predisposiciones positivas o negativas del usuario.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

cómo opera aquél. En resumen: el usuario es un partícipe siempre activo de la intervención de la que al mismo tiempo constituye el destinatario.

Destinatario oficial, visible, explícito, pero no único. Por un lado, porque de un modo u otro el usuario viene siempre acompañado, representa un conglomerado conyugal, familiar, barrial, de clase social, a quienes repercute ciertos efectos de la intervención. Manifiesto en el caso de un niño acompañado por sus padres que, custodios, también conllevan intereses personales, conyugales y familiares: razón por la cual responden a preguntas dirigidas al párvulo o lo alientan a responder como si el niño no hubiera entendido que el trabajador social le está hablando. Menos visible pero igualmente percutante en el caso de adultos (el esposo que responde en lugar de su cónyuge, la mujer que enuncia la opinión de su marido ausente). Conclusión: el usuario es siempre plural. Por otro lado, el interviniente forma también parte de la cohorte de destinatarios, a título profesional, institucional, tanto cuanto personal, íntimo, conyugal. Herido o confortado en su amor propio, angustiado o pacificado por lo que escucha, cuestionado o confirmado en su pericia profesional, desestabilizado o al contrario consolidado en sus adhesiones ideológicas y políticas. El usuario no es el único beneficiario ni tampoco el único damnificado de la intervención. Ningún actor sale indemne.

Pero no se trata solamente de personajes humanos. Una amplia serie de condiciones objetivas son igualmente primordiales. Múltiples servicios, Aparatos de Estado, entidades públicas y privadas desempeñan roles dinámicos en el diseño y la realización de la intervención. Esta es simplemente imposible en ausencia de una política social, de sus consideraciones, consignas y recursos. Se trata de las condiciones de posibilidad, de ejecución, de viabilidad de la intervención social, sus sostenes y sus contenciones. Los efectos de la intervención dependen, por una parte, substancial, de este marco referencial, y no solo de las competencias de los profesionales. Estas condiciones incluyen avatares diversos, desajustes más o menos pronunciados, contradicciones significativas: suponer un bloque monolítico sobreestima la consistencia y la coherencia de los aparatos institucionales y políticos. Juegan, en efecto, un rol objetivamente determinante, decisivo, no pese sino gracias a sus inestabilidades relativas, a los márgenes de maniobra que tornan posible o que impiden. Lógicas dinámicas las hacen funcionar. Líneas políticas más o menos estabilizadas las ordenan. Compromisos ideológicos las orientan. Demandas y presiones de los usuarios logran matizarlas. El profesional puede y hasta debe tentar de corregir tal o cual de sus efectos. Sin por ello olvidar que la trasformación efectiva y durable de este abanico de condiciones objetivas necesita nutridas acciones sindicales y políticas, más acá y más allá de la intervención.

Conclusión: la intervención social sobrepasa completamente toda relación interpersonal. Las abarca, pero comienza antes (como proyecto inscrito en una dinámica institucional), se desarrolla gracias a la movilización de numerosos recursos materiales e inmateriales que, cada uno a su manera, la enderezan según sus modalidades particulares, y continúa después de terminada (como efectos objetivos).

¿Debemos entonces deducir que los humanos – profesional y usuario – son algo así como títeres inertes en manos de condiciones sociopolíticas tan todopoderosas como ciegas? ¡Craso error, desde luego! La necesidad de un razonamiento dialéctico es aquí vital. Señalemos, en primer lugar, que ningún factótum agazapado en los bastidores maneja dichas condiciones ni dicta las decisiones de la política social. Se trata en realidad de coaliciones entre grupos, de alianzas entre tendencias, de ofensivas y frentes de lucha. Es la dinámica de un sistema que se halla en juego y que, de un cierto modo, marcha sola. Los conciliábulos explícitos y formales son necesarios para afinar las cláusulas, no para inventar su lógica. Evitemos entonces especular en términos de trama y de sórdida maquinación. El concepto de proceso es aquí estratégico –de proceso sin sujeto omnipotente-, sin marionetista (Althusser, 1970; 1985; 2003). En segundo lugar, los sujetos humanos se sitúan en medio de estas condiciones, ni por encima ni por debajo, con indudables alternativas, oportunidades e incitaciones, con sublevaciones más o menos arriesgadas. Sujetos-sujetados, libres y autónomos en medio de sus múltiples dependencias, capaces de desplegarse en la dilatada gama que va del conformismo a la sedición, del cinismo narcisista al planteo sopesado. Porque siempre hay márgenes de maniobras, reducidas o enormes, raramente accesibles a primera vista. Pretender que las transformaciones, mutaciones y revoluciones son espejismos absurdos equivale a confesar la complicidad más o menos obsecuente con el orden

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

dominante, la confusión deliberada o involuntaria del principio de realidad con el principio de resignación.

En medio quiere decir que los sujetos humanos no se sitúan totalmente al exterior de dichas condiciones, fuera de su alcance, en estado de levitación social. El trabajador social sin empleo y aparentemente independiente de esas condiciones, no puede proceder a intervenciones sociales: su ética le ayudará a identificar las concesiones y acomodamientos que puede o no aceptar. Los sujetos humanos no flotan por encima de la historia social: luchan por vivir en el único espacio posible, que se sitúa exclusivamente en el seno de dicha historia. La cual, lejos de constituir un mero contexto exterior que cabe retirar como un abrigo, define nada menos que el requisito *sine qua non* de existencia, a la vez objetiva y subjetiva, de los humanos y por ende de sus arduos problemas y de sus eventuales soluciones.

No hay intervención sin sujetos humanos. Pero tampoco solo con ellos, o con ellos como epicentro solar. Siglos fueron necesarios para abandonar – parcialmente, es cierto – las mitologías divinas que regentaban el universo, ¿por qué remplazarlas por mitologías humanistas, altamente teñidas de psicologismo, para colmo?

Estas consideraciones acarrean útiles consecuencias en materia de intervención social. Si el interviniente no es el centro irradiante de la intervención, esto implica que no lo puede todo, no detenta todas las claves, hay mil cosas – algunas para nada secundarias - que no sabe ni tampoco puede hacer. Su acción choca con barreras sociopolíticas de las que, no siendo el autor, no cabe pues acusarle – ni acusarse - *a título personal*. Su comprensión de la situación de los usuarios es inevitablemente limitada y unilateralmente orientada, por falta de ciertas formaciones y experiencias susceptibles de ampliarla, sin por ello colmar definitivamente sus hiatos. Sus condiciones de trabajo, en fin, de salario, de cadencias, de consideración, de autonomía, no son extranjeras a la intervención en la que es capaz o incapaz de participar.

Importa no aislar al trabajador social de las condiciones objetivas - mediatas e inmediatas - de su quehacer. Y por tanto no adjudicarle la responsabilidad única y exclusiva de la intervención en cuyo seno asume el papel de interviniente principal, junto y a veces opuesto a otros. Ciertos usuarios sitúan perfectamente la corresponsabilidad del profesional, pero también suelen desconocer su estatuto de *sujeto-sujetado.* Evitemos la problemática moral, peor: moralista, que privilegia la falta o al contrario la congratulación, en detrimento del análisis argumentado, discutible y por tanto mejorable. El interviniente es nada más y nada menos que *corresponsable* de la intervención que contribuye a poner en obra. Los éxitos y fracasos de dicha intervención no le son exclusivamente imputables. No se equivoca solo, tal un eremita en el desierto, ni tampoco triunfa en solitario, tal un héroe épico. Pero es cómplice de los errores inducidos por los estudios que no ha llevado a cabo y por los blancos dejados por las experiencias que no ha osado. Suelo decir que el trabajador social, como todo profesional en su dominio respectivo, tiene la cabeza llena de los libros que no ha leído aún. Más que acusarle, y eventualmente disculparle, importa sobre todo acompañarle en lo que llamaremos su responsabilización asumida, esto es, en una ética que se abstiene de localizar todas las dificultades, impedimentos y censuras en el usuario y/o en los poderes en plaza.

Entendemos por intervención social una empresa multitudinaria conducida por un sujeto singular (lo llamamos interviniente principal) en el seno de un conjunto abigarrado de intervinientes de toda suerte, de instituciones y de políticas sociales, en dirección de un usuario principal que, individual o colectivo, facilita u obstaculiza dicha intervención al punto de desviarla, al menos en parte, de sus objetivos iniciales. Desvío no automáticamente lamentable, por lo demás, en la medida en que, más acá y más allá de las intenciones subjetivas de unos y otros, acrecienta la eficacia objetiva de dicha intervención, su vocación de servicio público, su pertinencia respecto del destinatario.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

3. Toda intervención actualiza y pone a prueba una o varias posturas teóricas

La relación "teoría-practica" constituye una preocupación constante en Trabajo Social, en los procesos de formación, así como en las prácticas cotidianas. Una bibliografía inmensa se pronuncia al respecto. Como en otros campos, regularmente se insiste sobre la necesidad de articular estos dos elementos en vistas de su fecundación recíproca. Con razón, sin duda: se trata de una perspectiva promisoria capaz de abrir nuevos senderos clínicos y reforzar la pericia de los trabajadores sociales. Necesidad reafirmada a menudo, pero aparentemente difícil de concretizar de hecho. Las declaraciones de intención parecen más numerosas que las realizaciones efectivas. Queda entonces por explicar por qué una postura progresista que preconiza la interrelación "teoría-práctica" sobrepasa difícilmente el estadio de declaraciones más o menos piadosas.

Dicha postura suele enfrentarse a los discursos que llamaremos empiristas. Estos defienden una intervención fundamentalmente atenta a lo concreto, a las necesidades inmediatas, a los apuros de los usuarios y a las urgencias de los intervinientes. Los aportes teóricos sirven de auxiliares de la práctica, de complementos útiles, aunque relativamente secundarios. Se supone que la verdad, el interés y la pertinencia de la intervención social residen principalmente, sino únicamente en su quehacer factual. Posición defensiva, no enteramente desprovista de utilidad. Su adversario simétrico es el teoricismo, discurso desencarnado que trata del Trabajo Social deteniéndose poco a nada en las cuestiones de terreno, en los casos o situaciones concretas, en la materialidad específica de las intervenciones. El teoricismo rehúye la clínica: solo cuentan las edificaciones teóricas; el empirismo se hunde cuerpo y alma en la clínica: solo vale la práctica de terreno. En realidad, el teoricismo no rechaza toda clínica ni tampoco toda experiencia de terreno – si y solo si una y otra confirman sus enunciados; más que análisis concretos de situaciones concretas y por tanto inéditos, aplica fórmulas prefijadas, recurre a recetarios preestablecidos. El teoricismo recita, pero piensa poco y nada. Por su parte, el empirismo acepta la teoría, la solicita incluso – si y solo si dicha teoría consiste en comentarios (abusivamente llamados análisis) que poco o nada cuestionan las intervenciones y los intervinientes. Especulación *versus* racionalización. Dos hermanos enemigos o, si se prefiere, dos adversarios en el seno de la misma familia.

Nuestra proposición en la materia parte de un dato de base. A saber, la intervención social se confronta a situaciones abordadas de la única manera posible: en función de ciertos parámetros teóricos e ideológicos, gracias a los cuales intenta obtener ciertos resultados. Por eso incluye determinadas indagaciones, es sensible a ciertos aspectos, dimensiones y registros más que a otros, por eso aprecia, sobreestima o desdeña, en una palabra, jerarquiza los diferentes componentes de una situación. Una intervención compone un relato plausible a propósito de una o varias situaciones de terreno. Representa una de las varias lecturas-desciframientos-interpretaciones posibles de una situación que puede dar lugar a otras lecturas-desciframientos-interpretaciones, parcial o completamente diferentes, sino opuestas. Situaciones que pueden, por ende, recibir tratamientos, ayudas y recursos de muy distinta índole. Esto acontece cuando diferentes profesionales y, más aún, diferentes servicios se ocupan de una situación – al punto que ésta muta radicalmente en su forma y en su contenido.

Ahora bien, si el parágrafo precedente describe una intervención, no por ello está prescribiendo lo que ésta debe ser. No expresa un anhelo sino un estado de hecho, una realidad siempre ya consumada, siempre necesariamente ya en obra. Realidad *de facto*, independiente de la conciencia del trabajador social y del usuario, de las directivas y de las consignas institucionales. Ejemplo: si la intervención está cerrada a todo aporte psicoanalítico, no permite escuchar lapsus sino enfatizar errores, faltas, tergiversaciones que invitará a corregir a fin de restaurar una comunicación supuestamente correcta entre interviniente y usuario. Corrección impracticable en el caso de omisión: éste no requiere enmendamiento, sino interpretación, no rectificación sino desciframiento. Imposible utilizar las palabras sin riesgos para el locutor y para el oyente. La definición teórica posibilita ciertas acciones y prohíbe otras. No es un asunto de convención sino de elaboración, fabricación, producción. Imposible cambiar de dispositivo teórico por una simple decisión personal. Cada vez, las lógicas movilizadas difieren, los referenciales teóricos discrepan, los compromisos ideológicos disienten.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

Porque de eso de trata, precisamente: de lógicas y de posturas teóricas e ideológicas siempre inexorablemente vigentes.

En la intervención social están obligatoriamente en curso determinados conceptos y argumentaciones, ciertas opciones ideológicas y esquemas éticos – frontera entre intervención social y pasaje al acto del profesional-. Este puede, por supuesto, no estar al corriente de las posturas teóricas e ideológicas presentes en la intervención que contribuye a poner en obra, puede imaginarlas completamente diferentes de lo que son en realidad, puede afirmar su adhesión sincera a una opción ideológica ajena a aquella que la intervención deja entrever. No hay por qué dudar de su sinceridad, sin por ello tomar sus declaraciones al pie de la letra. Es en este espacio, por lo demás, que se aventura el análisis de las prácticas.

Al fin de cuentas, preconizar la unión de la teoría y de la práctica es desear que la lluvia moje: ¡no puede ser de otra manera! La unión de la teoría y de la práctica no constituye un problema a resolver. Se trata de una situación de hecho, ya consumada, cumplida, llevada a cabo, en el seno de toda intervención social, exitosa o desastrosa. No se trata pues de llegar a ligar teoría y práctica. La tarea es completamente diferente. Se trata de detectar como están ya ligadas, entrecruzadas, en una palabra: unidas y a la vez diferentes.

Porque este lazo se halla siempre ya en obra, la dificultad de una situación no radica en las solas características de dicha situación, únicamente en el comportamiento del usuario o exclusivamente en las exigencias institucionales. Actúan también y desempeñan un rol determinante los recursos teóricos con los que dicha situación se aborda, los conceptos de los que el interviniente dispone o al contrario carece, la construcción de sentido a la que procede, el análisis y las conclusiones que logra forjar. Nos referimos aquí a las teorías forzosamente inscriptas en la trama de las intervenciones, en sus avances y en sus atascamientos –intermediarios inexorables- que a manera de lentes de contacto tamizan la percepción, el diagnostico, la resolución o el atolladero de la situación considerada. Situación que existe, funciona, eventualmente desaparece, independientemente del aparato teórico e ideológico, pero solo se aprehende gracias a él, por su intermedio. Lo real, señala el epistemólogo Gastón Bachelard (1943), no se libra dócilmente al primer venido: debe ser conquistado, arrancado a las evidencias.

La situación no es para nada independiente de las perspectivas analíticas y argumentativas a su respecto. Su gravedad o su banalidad dependen de la apreciación de las actitudes, recursos e incitaciones que la componen. Ni simple mirada, ni mera opinión, ni tampoco consenso colectivo, opera nada menos que un trabajo teórico de definición, de demostración, de puesta a prueba. O al contrario de insuficiencia conceptual. Ninguna situación existe, funciona, parece grave o liviana, más acá y más allá del trabajo teórico. Son más o menos visibles toda clase de datos, de conjuntos heterogéneos de comportamientos, de discursos de los protagonistas, de sonidos, colores y olores, de rúbricas de la política social: el trabajo teórico consiste en organizar estos datos, discursos y rúbricas, en construir un relato tan coherente como sea posible, en formular hipótesis y pistas de trabajo. Por eso insistimos en que no hay situación sin teoría de la situación, sin implementación conceptual o al menos sin prejuicios y otras superficialidades. Una urgencia deviene urgente cuando diversas evaluaciones son movilizadas a este efecto. Por eso numerosas urgencias esperan harto tiempo que alguien se ocupe de ellas. Suele suceder, como el análisis de las prácticas nos lo enseña, que la extrema dificultad de una situación (o al revés, su inquietante subestimación) provenga de la insistencia en validar cueste lo que cueste una hipótesis excesivamente generalista y en sostener un análisis que pocos o ningún índice ilustra.

En todos los casos, parece ingenuo, o al menos redundante, sostener que tal o cual situación es compleja – simplemente porque son, de hecho, las únicas que existen. Una situación simple se refiere prácticamente siempre a una situación simplificada, sino banalizada, por la puesta en obra de algunos principios insuficientemente asentados: típico de las intervenciones apresuradas. No por ello cabe calificar une situación de compleja, fórmula que constituye un puro y simple pleonasmo. Una situación no compleja es una situación no real. Importa, por el contrario, considerar de cerca, de manera argumentada, la complejidad concretamente en obra en cada situación específica, la manera necesariamente singular según la cual una cierta complejidad a detallar caracteriza una cierta situación a analizar. Tarea que implica una caza implacable a los lugares comunes y otros convencionalismos.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

Lo mismo vale para la articulación teoría-práctica. En vez de buscar el vínculo ideal que estas dos entidades podrían eventualmente sostener, se trata de identificar qué teoría(s) están ya efectivamente en uso en tal o cual práctica. Qué amarre están en vigor. Qué facilitaciones concretas y qué trabas igualmente concretas tal teoría y tal práctica se están suministrando una a otra. En vez de la cuestión general, idealista y etérea, preferir la coyuntura histórica, carnal y viviente.

Condición *sine qua non* para cambiar o intentar cambiar de ligadura y en consecuencia de referencial teórico. Hete aquí una reinterpretación fructuosa de la cuestión de la unión de la teoría y de la práctica. Si se admite, en efecto, que el referencial actualmente vigente atasca la intervención en un callejón sin salida, cambiar dicho referencial ofrece una ocasión de desempantanar la intervención, de abrir un espacio de posibilidades, de percepciones inéditas, de análisis operacionales. A menudo, bajo el lema de la unión de la teoría y de la práctica se perfila en realidad la oportunidad, sino la imperiosa necesidad de cambiar de dispositivo teórico, a fin de esbozar una práctica más eficiente. Razón suplementaria para insistir sobre la importancia del estudio y de la formación como actividades regulares, al mismo título que el trabajo de terreno: "perder el tiempo" en reflexionar hace ganar (mucho) tiempo en el quehacer concreto. Pero el trabajo reflexivo, precisamente porque se trata de un trabajo, es completamente extranjero al reflejo condicionado, a los hábitos contractados como se contracta una alarmante enfermedad. Cambiar de perspectiva teórica no se reduce a cambiar de vocablos, de referencias, de lenguaje. Se trata de una mutación, más o menos significativa según las circunstancias, de la manera de pensar y de actuar, de interrogar ciertos datos y de estimar ciertas preguntas. Ni acto mágico, ni convención aleatoria, ni dispositivo únicamente instrumental, se trata de una tarea encarnizada y testaruda, de un proceso argumentativo que no deja indemne la postura ética del interviniente. Y que entreabre las puertas de universos ricos y placenteros.

Último punto por recalcar. La articulación teoría(s) – práctica(s) y el rol determinante de la primera en el corazón de la segunda pueden hacer pensar que la intervención consiste en una aplicación más o menos escrupulosa, en una puesta en práctica, justamente, de una o varias teorías consolidadas antes de su ejecución: una especie de brazo ejecutor. Afirmación típica de las posturas teoricistas, que encaran la práctica como un área de juego –finalmente intranscendente- de la teoría. Afirmación recusada por las posturas empiristas, que imaginan la práctica como un espacio soberano, regido por las solas inteligencia y experiencia del interviniente. Doble error, en realidad, de dos posiciones aparentemente opuestas y profundamente cómplices.

Detallemos. La pertinencia y la validez de una teoría se juegan en el campo científico, argumentativo y metodológico, suponen discusiones múltiples, ensayos y correcciones de toda suerte. Por consecuencia, para validar o invalidar una configuración teórica, hace falta otra cosa que una o varias intervenciones sociales. Nada impide, por lo demás, que éstas movilicen hipótesis descabelladas, apenas racionales, por ejemplo, cuando los indudables factores psíquicos son erigidos en explicación exhaustiva de la situación de los usuarios (psicologismo). Por lo mismo, no afirmemos que una teoría es superflua y perfectamente superada sin tomar en cuenta los límites de la comprensión de los intervinientes, o porque éstos se han quedado prendidos a una versión rudimentaria de dicha teoría.

Insuficiente para validar o invalidar las configuraciones teóricas, no por ello la intervención social se limita a aplicarlas. En realidad, las actualiza, muestra -a su manera- su performatividad, favorece su fructificación o al contrario su anquilosamiento, las esteriliza, las consolida, contribuye a legitimarlas o a desacreditarlas. La intervención social constituye un potente dispositivo estratégico, una concluyente puesta a prueba empírica (para el usuario, el interviniente, las instituciones, la política social) y también teórica, epistemológica, filosófica.

4. Ninguna intervención social es neutra, pero puede ser objetiva

En varios escritos he cuestionado la identificación, por no decir la confusión, entre objetividad y neutralidad: la presencia o la ausencia de una implicaría la presencia o la ausencia de la otra. Emerge allí una interpretación corriente del precepto llamado la distancia óptima entre trabajador social y usuario: ni muy cerca ni muy lejos, con empatía sincera, pero sin apego excesivo, con compromiso personal hacia el usuario, pero sin pretender remplazar su entorno natural. Madre sustituta con mucha

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

sustitución y poca madre. Consignas sin duda razonables, relativamente atinadas, y sobre todo altamente paradojales dirigidas a las familias de acogida, a las nodrizas y guardianas respecto de los niños que reciben de manera puntual e incluso permanente. Querer a niños y niñas, pero de manera mesurada. Escucharlos, pero con cautela. Ocuparse de su cotidiano, pero a distancia. Semejantes preceptos complican singularmente – e inútilmente - las tareas para nada evidentes de diversas suertes de profesionales. La confusión indebida entre neutralidad y objetividad juega aquí un rol preponderante.

Ahora bien, varios parámetros – entrañablemente afectivos e ideológicos - impiden que una intervención sea neutra. En primer lugar, toda intervención se inscribe en una política social y en el cuadro de un funcionamiento institucional dado. Unos abanicos de posturas profesionales son privilegiadas, otras son toleradas, otras en fin excluidas. La intervención supone determinadas doctrinas, puntos de vista, fidelidades, rechazos. En segundo lugar, ninguna intervención se preocupa de que el usuario vaya bien a secas, pero sí de que vaya lo mejor posible en el seno de ciertas ideologías, de determinadas pautas y principios. Estos parámetros incluyen, por supuesto, una amplitud más o menos significativa pero necesariamente limitada de escenarios. La intervención social en materia de violencias conyugales o de niños declarados en peligro ilustra claramente esta neutralidad imposible (Karsz, 2007, 2009, 2021).

Imposible, además, porque jamás el interviniente ejerce impunemente su labor. Dolorido por las situaciones a las que se enfrenta, satisfecho por los resultados alcanzados, herido por la coincidencia con episodios de su propia historia íntima que suponía completamente sublimados, indiferente gracias al caparazón defensivo suministrada por los protocolos burocráticos, reconfortado o inquietado en sus convicciones ideológicas y políticas. En el informe dirigido a sus autoridades de tutela, el profesional insiste sobre ciertos elementos de la situación, subraya determinados comportamientos, interpreta según ciertos cánones los discursos y los silencios de los usuarios, en una palabra, organiza un relato que va en una dirección y no en otra. La intervención social confirma o desecha ciertas cláusulas, posibilidades, subterfugios.

Se le puede ordenar al profesional, y éste puede imponerse de sentir tal o cual afecto respecto de los usuarios, se puede concebir la intervención como un mero catálogo de hechos, datos, nombres y lugares: nada de esto puede hacerse sin tomar partido, sin orientar al menos implícitamente la consideración de la situación y la preconización de ciertos paliativos. Que a propósito de un adolescente o de una pareja la decisión final incumbe al poder judicial no implica que el informe del trabajador social carece de toda influencia al respecto. Salvo que éste se esfuerce por presentar un informe lo más insignificante posible.

Neutralidad radicalmente imposible. No por ello ilimitada, sin embargo. Las reacciones, sentimientos y comportamientos de los profesionales son tolerados o enjuiciados, aprobados o sancionados. En el marco del funcionamiento institucional, toda reacción, discurso y comportamiento no es, ni puede ser, asimismo pertinente, igualmente aceptable. Esto vale también para el usuario, por supuesto. En ningún caso se trata de diario íntimo ni de consulta psicológica. Reglas, códigos y eventuales sanciones operan implacablemente, con o sin el consentimiento de los actores. Esto no excluye, por supuesto, ni las broncas individuales y colectivas indiscriminados ni, al contrario, una máscara de indiferencia más o menos pomposa. Por su parte, si la intervención desarrolla un ostensible desprecio de clase hacia los usuarios pobres, diversos controles – de los colegas o de la dirección - pueden imponer alguna rectificación de fondo y-o de forma. O pueden no imponerla, lo cual corrobora a su manera la imposible neutralidad.

Pese o, según las circunstancias, gracias a esta imposible neutralidad, la intervención puede producir lo que llamaremos efectos de objetividad. Habida cuenta de las informaciones disponibles y de las teorías que la orientan, la intervención despliega una lectura coherente, esto es, suficientemente explicativa de la situación, anuda y pone al descubierto una lógica de conjunto, ofrece a los destinatarios perspectivas relativamente sólidas. Los avances, los descubrimientos, las aperturas de la intervención son susceptibles de argumentaciones articuladas, más acá y más allá de la mera intuición.

Decimos efectos de objetividad y no objetividad a secas. Esta distinción elude toda representación en términos de bloque o de entidad compacta, y acentúa el proceso de trabajo de la intervención social, de sus logros y de sus problemas. Efectos perfectibles, enmendables, susceptibles de críticas

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

argumentadas: se trata de una construcción lenta y laboriosa, nada que ver con una revelación abrupta y sin historia. La posibilidad siempre abierta de rectificaciones razonadas, de forma y de fondo, aportadas por el interviniente tanto como por el usuario, caracterizan una intervención no-dogmática. Un profesional que duda es un profesional capaz de seguir aprendiendo.

Si la no-neutralidad sobre todo afectiva[4] es fácilmente reconocida y hasta reivindicada en materia de intervención social, la posibilidad de efectos de objetividad lo es mucho menos. Fuertes reticencias se oponen a ello, bajo el pretexto que no funciona según los criterios científicos, de las ciencias exactas en particular: abocada a lo humano, su objetividad solo puede ser escasa, relativa, o simplemente nula. La objetividad solo puede ser una convención más o menos aleatoria e inverificable.

Observemos sin embargo que la denominación "ciencias exactas" es totalmente inadecuada en la medida en que ignora las vicisitudes reales de las prácticas científicas, los titubeos, los ensayos y errores, las investigaciones fallidas que las puntúan sin cese. Las ciencias, explica el mismo Gastón Bachelard (2019), son tejidos de errores tenaces. Sometidas a un trabajo ininterrumpido de construcción y rectificación, en este sentido al menos son cabalmente comparables a la intervención social. Comparación que incluye los errores y los impases: la intervención social no siempre fabrica efectos de objetividad, del mismo modo que las ciencias, por más "exactas" que sean, no siempre obtienen resultados válidos. Por otra parte, no es en absoluto la única práctica abocada a lo humano. Es también el caso de las ciencias sociales y humanas, lo que no les impide producir conocimientos objetivos, que lo son hasta prueba objetiva de lo contrario. Salvo que estas ciencias tratan de no esencializar las realidades y las prácticas llamadas humanas, no abordan la condición de los humanos independientemente de sus atributos espaciotemporales, de sus condiciones psíquicas y sociales efectivas, de sus parámetros ideológicos y políticos. Lo humano cede el lugar a los humanos distribuidos en grupos, clases, géneros, empleos, modalidades de consumo, de vivienda, etc. Los humanos nacen, viven y mueren, y solo existen en el seno de estas condiciones, ni más allá ni más acá.

El punto de fricción reside entonces en la noción de lo humano, a la vez usual e indeterminado, tan citado y evocado cuanto jamás definido. Reconocemos aquí la impronta de las diversas variantes del humanismo, hipótesis e hipoteca por excelencia del Trabajo Social y de las intervenciones sociales. Hipótesis, porque los dispositivos de Trabajo Social - brazo armado del humanismo – buscan extender los atributos de una vida digna a todos los humanos de todo género y de toda condición social. Hipoteca, porque el indudable carácter humano de los usuarios habituales de la intervención social escamotea su condición socioeconómica precisa, sus subordinaciones y servitudes, sus ideologías, sus ambiciones y sus clivajes.

Compartimos la certeza que la articulación – compleja, dialéctica- de los efectos de objetividad y de no-neutralidad no va de suyo. No se trata de una evidencia incuestionable. Múltiples desarrollos y cuantiosos debates son aún necesarios para avanzar en esta temática. Avance que conlleva sin embargo un dato esencial. En efecto, admitir los efectos de objetividad como horizonte deseable de la intervención social o afirmar, al contrario, su imposibilidad parcial o completa contribuye a reforzar, en el primer caso, la pertinencia y la eficacidad de la intervención social, en el segundo, su estatuto secundario, aproximativo, apenas probable. El tema de la objetividad reviste una clara dimensión política. Como todo tema teórico importante, sabemos que sus alcances ideológicos y éticos están lejos de ser anodinos.

Llegamos al término, no de nuestra investigación, sino del presente artículo. Esperemos que nuestras proposiciones ayuden a despejar ciertos malentendidos y sobre todo al abrir algunas perspectivas. La cuestión de la intervención social es un verdadero síntoma del conjunto del Trabajo Social. Razón mayor para que debates argumentados y posiciones no necesariamente consensuales se hagan de más en más presentes.

[4] Extensos desarrollos serían necesarios para especificar detalladamente la vertiente afectiva y la vertiente ideológica de la no-neutralidad, su esencial inseparabilidad en materia de Trabajo Social y de intervención social. Me permito señalar que una buena parte de mis escritos, análisis de prácticas y colectivos de trabajo en los que participo está consagrada a dicha cuestión, en una perspectiva a la vez teórica y clínica.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

Conclusión/Apertura

Una conclusión puede clausurar un debate o, al contrario, abrirlo. La segunda opción corresponde a nuestra ambición. Cuatro ítems, en efecto, que pueden leerse como cuatro tesis, puntúan los principales desarrollos del presente artículo y por ende las pistas a explorar más adelante.

Un primer ítem enuncia que la intervención social presenta una consistencia material irreductible a las intenciones del interviniente y al beneplácito o a la decepción del destinatario. Uno y otro deben, por supuesto, figurar en el análisis de la intervención, en sus logros y en sus fallos, como deben figuran también las concepciones teóricas e ideológicas movilizadas, la política social vigente, la atención prestada a la singularidad de las situaciones. Porque la intervención social posee una consistencia sustantiva, puede ser rectificada evaluada.

El segundo ítem sostiene que no hay intervención social sin sujetos humanos que la protagonizan (trabajador social/usuario), los cuales no constituyen en absoluto sus fuerzas motrices. Consecuencia de la tesis precedente, se afirma que una intervención social no es una mera relación interpersonal entre trabajador social y usuario sino un encuentro mediatizado, tramado, orientado por determinados criterios ideológicos y metodológicos de los que los sujetos no tienen necesariamente consciencia.

El tercer y penúltimo ítem señala que la intervención actualiza una o varias posturas teóricas. Estas la orientan, le indican dónde y qué buscar en lo real de las situaciones. También pueden desorientarla, encaminar la intervención en la demostración de categorías poco o nada relevantes a propósito de tal o cual situación concreta. Recíprocamente, la intervención dice algo, dice mucho, sobre la pertinencia de la postura teórica, sobre el alcance real de los contenidos teóricos. Es una rotunda puesta a prueba de esas posturas teóricas, para nada su simple aplicación: la pertinencia de una teoría sobre el trabajo social se juega a la altura de los conceptos y los argumentos y también en ese momento álgido y exclusivo que es la intervención, de cara a lo real. En otros términos, para ver qué pasa, es menester poder ver – y para ello el empeño teórico reviste un carácter determinante.

En fin, ultimo ítem, afirmamos que ninguna intervención social es neutra, tanto de un punto de vista afectivo cuanto ideológico. Determinadas concepciones sobre las relaciones de género, sobre la pobreza y la riqueza, sobre la sociedad en que vivimos las animan. El trabajador social se halla relativa o rotundamente impactado por la situación, por su proprio quehacer, por lo que ha percibido o se le ha escapado. Como el usuario, no sale incólume de la intervención. Y, al mismo tiempo, esta última debe estar animada por hipótesis y diagnósticos tan objetivos que posibles. O sea que contrariamente a lo que se suele creer, neutralidad y objetividad no son en absoluto sinónimos intercambiables: la primera es siempre imposible, la segunda siempre accesible.

Conclusión/Apertura, decimos: varios puntos abordados precedentemente necesitan desarrollos mucho más amplios, y alguna ilustración empírica. Abren, sin embargo, ciertas pistas para enfrentar las dos plagas contemporáneas que acechan al Trabajo Social. La primera plaga es el psicologismo, que olvida que en el corazón de la intervención social se hallan presentes la política social, y por ende el cuestionamiento o la adhesión al orden sociopolítico reinante. La segunda plaga es el protocolismo, modalidad mórbida del positivismo, que finge ignorar que una intervención moviliza parámetros, indicadores y métodos sin jamás caber enteramente en un casillero perfectamente ordenado. Toda intervención social comporta riesgos más o menos severos para el usuario, para el trabajador social, para la política social, para el presente y para el porvenir deseable de la sociedad.

Referencias

Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado.* Buenos Aires: Nueva Visión.
Althusser, L. (1985). *Para leer El Capital* (20a edición). Ciudad de México: Siglo veintiuno.
Althusser, L. (2003). *Marx dentro de sus límites*. Madrid: Akal.
Bachelard, G. (1943). *L'air et les songes: Essai sur l'imagination du mouvement.* París: J. Corti.
Bachelard, G. (2019). *L'eau et les rêves: Essai sur l'imagination de la matière* (Édition 18). París: J. Corti.

ISSN : 2452-4751
Volumen 13 N°1, 2023, pp.156-168

Durkheim, E. (2007). Las Reglas del Método Sociológico. Madrid. Losada.
Karsz, S. (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona: Gedisa.
Karsz, S. (2017). *Affaires sociales, questions intimes*. París: Dunod.
Karsz, S. (2021). Critica del pensamiento crítico. Cartografía de posicionamientos contemporáneos a propósito de la crítica y algunas orientaciones teóricas y clínicas en la materia. Propuestas Críticas En *Trabajo Social-Critical Proposals in Social Work, 1*(1), 83-99. https://doi.org/10.5354/2735-6620.2021.61237